

DARÍO ACEVEDO CARMONA

GERARDO

EL MAGISTERIO DE LA POLÍTICA

MOLINA

TERCER MUNDO EDITORES

De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo

JORGE ORLANDO MELO

Trabajo fotográfico: Ian Flórez de Armas

I. ¿ENTRE LA NUEVA HISTORIA Y EL POSMODERNISMO?

HASTA MEDIADOS DE LA DÉCADA DE LOS OCHENTA, incluso hasta 1988, cuando se publicó el artículo “La historia en la última década” en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*¹, la producción histórica dominante, la de mayor prestigio académico y científico, estaba inscrita dentro de las corrientes disciplinarias derivadas de lo que se llamó la ‘nueva historia’, término más o menos arbitrario en el que se unificó todo lo que sonaba a investigación profesional y a rechazo de la historiografía tradicional colombiana, heroica, anecdótica o localista, usualmente agrupada bajo el nombre, no siempre apropiado, de historia académica. Como se señaló en ese artículo, las áreas de mayor interés, a pesar de que durante los años setenta la importancia de la historia económica y de los grandes conflictos sociales se había convertido casi en una consigna, no se limitaban a esta estrecha definición e incluían ciertos desarrollos en historia política, cultural y social antes marginales: historia de la educación, de la ciencia, de la vida cotidiana, de las ciudades, de las formas de violencia.

Estos intereses académicos tenían cierta coherencia con la visión de la historia como ciencia y con las perspectivas políticas dominantes en el mundo universitario, donde se concentraban los investigadores de la historia. La visión de la historia como herramienta de análisis que podía contribuir, directa o indirectamente, a la búsqueda de una sociedad más justa, era inseparable de la prioridad que se daba al análisis de las estructuras socioeconómicas y al estudio de los conflictos en este terreno.

Esta situación se ha venido transformando de manera clara en el último decenio. La crisis de los proyectos políticos de orientación izquierdista, que afectó también el aparato editorial y organizativo de sus seguidores más radicales, y que se agudizó con la crisis del socialismo soviético, representada simbólicamente con la destrucción del muro de Berlín, aceleró un proceso que había ido restando radicalismo a los textos de los historiadores formados en los años sesenta y setenta, muchos de los cuales retornaron a una visión política menos comprometida. La historia, que ya hacía bastante había dejado de ser una guía para la acción, fue perdiendo incluso el matiz de herramienta de lucha cultural, que en mi opinión había sido el dominante en Colombia, donde la influencia generalizada del marxismo no generó muchas muestras de historia marxista propiamente dicha, y se expresó siempre de manera bastante flexible. El hecho de que las versiones deterministas y economicistas del marxismo no hubieran tenido mucha acogida en el medio académico colombiano,

Página anterior:

Darío Acevedo Carmona, *Gerardo Molina*, Tercer Mundo Editores, 1992.

¹ Jorge Orlando Melo, “La historia en la última década”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 15, Bogotá, 1988.



Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombianas*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993. María Teresa Uribe de Hincapié, Jesús María Álvarez, *Poderes y regiones*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

donde Gramsci sirvió para refutar a Lenin y Raymond Williams o Edward Thompson para eludir a la historiografía socialista es, sin embargo, clave para poder medir la porosidad y capilaridad, la falta de rigidez de todo el conjunto de historiadores colombianos, difíciles de agrupar en escuelas y con orientaciones no siempre fáciles de identificar.

La crisis de los proyectos políticos de izquierda, el abandono de los grandes paradigmas y la casi total desaparición del marxismo como escuela viva, no produjeron, en parte por las razones señaladas en el párrafo anterior, cambios muy drásticos en la práctica histórica de los investigadores ya formados, que ocupan o han ocupado los cargos directivos y de mayor rango en las escuelas de historia o ciencias sociales del país. Pero mientras la mayoría de ellos sigue haciendo trabajos que no se alejan de los modelos derivados de la historiografía de *Annales* o de la historiografía marxista occidental (Eric Hobsbawm, Edward Thompson, Pierre Vilar), aunque ya sin sus aristas más combativas y extendiendo el abanico de intereses a temas derivados de proyectos culturales muy distintos, las nuevas generaciones parecen bastante alejadas de una perspectiva política pertinente para la actividad como historiadores y los elementos conceptuales y teóricos en los que se apoyan provienen cada día más de matrices diferentes a las del marxismo y la historia social o económica.

En términos muy generales, esta situación ha puesto en cuestión la validez y solidez de ideas como la de 'historia total', ha llevado a que la literatura y en menor medida la antropología desplacen a la economía y la sociología como las ciencias con mayores afinidades con el trabajo histórico, y ha debilitado la visión de que el historiador reconstruye, en sus textos, una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora. La historia de orientación posmoderna, bajo sus diferentes y a veces contradictorias encarnaciones —estudios culturales, nueva historia social, estudios de género, etc.— ha empezado a influir el trabajo de investigación que se realiza en el país, lo que se manifiesta al mismo tiempo en una relativa explosión temática y en

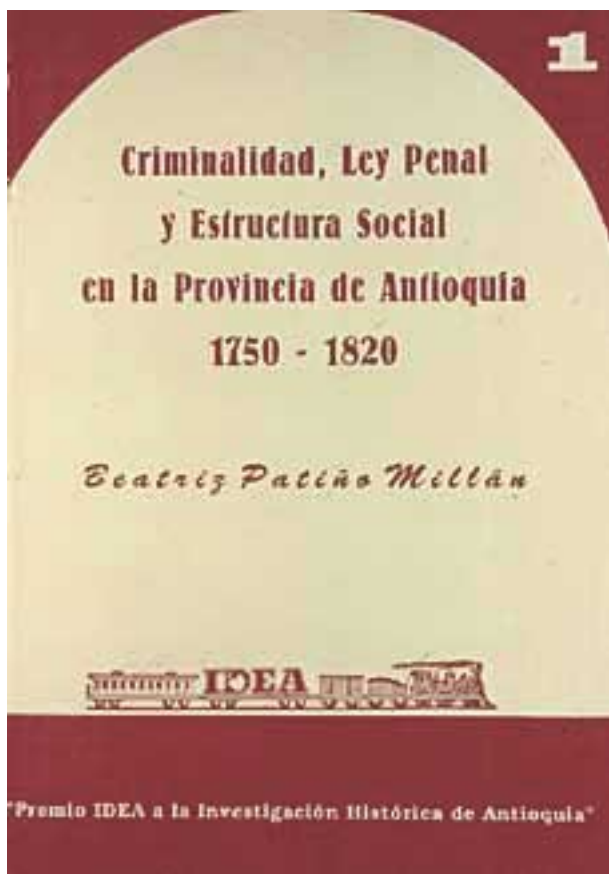
la adopción de un sistema de conceptos que sólo algunos de los usuarios parecen dominar realmente, y que en muchos parece ser todavía una simple moda que se expresa en la utilización retórica y a manera de jerga de una sintaxis peculiar y de un vocabulario de identidad. Palabras como ‘imaginarios’, ‘espacios’, ‘constitución del sujeto’, ‘dispositivos’, el uso de la preposición ‘desde’ y del adverbio ‘donde’ en construcciones orientadas implícitamente a espacializar todas las relaciones, la invención de términos en los que el prefijo negativo ‘des’ se reemplaza por el francés ‘de’ (deconstruir, develar), son algunas de las marcas lingüísticas de esta orientación. Foucault, Derrida, Lacan han contribuido sustancialmente al desarrollo mimético de este lenguaje, y a veces, en los mejores practicantes, a la definición de nuevos problemas y al surgimiento de nuevas e interesantes perspectivas.

Las señales de este proceso eran ya advertibles a comienzos del decenio y algunos comentarios al respecto pueden encontrarse en un artículo de 1990, en el que señalé los peligros de una frivolidad de la historia². Este texto, sin embargo, señalaba apenas la aparición de algunos síntomas, de algunas tendencias, de algunos intentos por transferir las modas posmodernas a la práctica histórica nacional, que parecían apoyarse en la pérdida de interés de los más jóvenes por la vida política, el desencanto de los revolucionarios de los años sesenta y la ruptura de sus sueños socialistas, la crisis del marxismo y de la teoría de la dependencia. Algo preocupado me mostré en ese artículo por el débil interés por teorías y visiones generales, que en mi opinión podía convertir la historia de las mentalidades, de la vida cotidiana, del matrimonio y la sexualidad, en un relato pintoresco y anecdótico, como había sido en muchos casos hace años la historia de estos temas: “el análisis de los rituales o la vida cotidiana puede ampliar nuestra visión del pasado de la sociedad, pero sólo si está ligado a preguntas que relacionen el sentido de estas conductas con una vida o una sociedad”. Sin embargo, mi evaluación de 1992 era en general optimista: mal que bien, pese a estas tendencias, a las perturbaciones posmodernas, el trabajo histórico colombiano se seguía consolidando, con una diversidad temática más saludable que peligrosa, mientras proseguía la profesionalización de la práctica histórica y se afirmaba un dominio aceptable de las prácticas metodológicas y los fundamentos conceptuales por parte de los estudiantes, las escuelas de historia consolidaban sus estrategias de formación, las tesis de grado y posgrado hacían generalmente aportes interesantes al conocimiento histórico y se lograba, en revistas y editoriales, un impacto claro sobre la cultura del país.

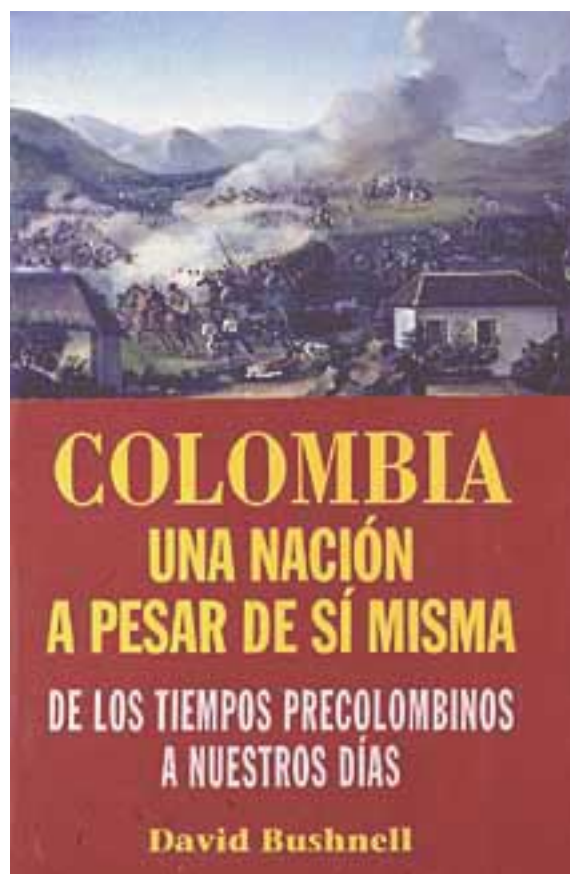
Un artículo de Jesús Antonio Bejarano presentado en el X Congreso de historia de Colombia en Medellín en 1997, sugiere que la tendencia, apenas nacida en 1990, había ya desplazado del escenario a sus antecesores más convencionales. En “Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”³ Bejarano expresa su inquietud ante la sustitución de la historia económica y social por el análisis de las mentalidades, una evolución que los historiadores locales habrían analizado en forma muy limitada y en tono de encomio, como una simple revolución local en los temas historiográficos, y no como una inmersión en las nuevas corrientes intelectuales (posmodernas) del mundo occidental. Las transformaciones que se están dando en la orientación de la investigación histórica son para Bejarano evidentes y muy negativas: una serie de métodos que surgieron como herramientas que debían fortalecer los métodos totalizantes de la historia social —la microhistoria, la historia intelectual, la historia sociocultural— se independizaron y configuraron campos separados, que generaron un nuevo paradigma, distinguido por el rechazo a la historia total, el aislamiento de las ciencias sociales, la renuncia a la explicación y su reemplazo por la interpretación (hermenéutica o retórica), un relativismo radical, que es en cierto modo un “nihilismo cognoscitivo postmoderno”, la trivialización, la frivolidad del conocimiento, la vacuidad, la extravagancia y, en general, la conformación de una historia *light*. De paso, Bejarano critica con cierta aspereza a los estudiosos de la historiografía colombiana, pues en su opinión no advirtieron lo que estaba

2 Jorge Orlando Melo, “La historia, las perplejidades de una disciplina consolidada”, en Carlos B. Gutiérrez, ed., *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 1991. Algunas de las consideraciones críticas las retomo en “Medio siglo de historia colombiana”, en Francisco Leal, ed., *Razón y discurso*, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 2000, pág. 169, donde me refiero a que el “estudio de las ‘mentalidades’ y los ‘imaginarios’ (preferibles a las ideas y las representaciones), las maneras de la mesa o el vestido, de los rituales, las imágenes y las formas del discurso, invita en cierto modo a la fragmentación y atomización de los textos históricos y a la sustitución de unas estrategias expositivas por otras: la descripción impresionista, más o menos espesa, la frase paradójica, resultan más aptas que la interpretación causal o las narrativas lineales. Es posible, es cierto, inscribir el análisis de estos objetos, que en buena parte son contruidos y carecen de un referente externo determinable, en procesos de construcción de identidad, o en estrategias de afirmación de grupos sociales o étnicos, pero esta tentación, que tiene mucho de convencional, cada día parece resultar menos efectiva”.

3 Jesús Antonio Bejarano, “Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”. La ponencia fue posteriormente publicada en el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, núm. 24, Santafé de Bogotá, 1998.



Beatriz Amalia Patiño Millán, *Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1750-1820*, Medellín, Imprenta Departamental de Antioquia, 1994.



David Bushnell, *Colombia una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*, Santafé de Bogotá, Planeta Editores, 1996.

ocurriendo. Las críticas se dirigen ante todo a los autores del volumen preparado por la Universidad Nacional, *Introducción a la historia al final del milenio*, cuyos textos son de 1993⁴, en el cual según Bejarano lo que hay “no es historiografía”, sino algo que “se reduce, las más de las veces, a una casi interminable reseña de cada una de las obras que han venido apareciendo, sin que éstas se conecten en un orden general, sin que se relacionen con el estado de los problemas, sin que se organicen de forma que puedan identificarse realmente líneas o programas de investigación [...] sin que sea posible, a partir de allí, reconocer la existencia y características de matrices disciplinarias [...]”⁵. Al considerar que el fenómeno es resultado ante todo del impacto de un proceso externo (“en ese estado de la historiografía occidental y no en las razones locales, es donde debemos buscar las razones del extravío”). Bejarano dedica la mayor parte del artículo a un informado análisis del proceso de transformación de la disciplina histórica en Europa y los Estados Unidos en los últimos treinta años, pero, curiosamente, no hace ninguna alusión a textos o investigaciones locales en las cuales sea evidente la ‘infección’ que critica. De este modo, Bejarano omitía dar una demostración real de la penetración de estas tendencias en la práctica efectiva de los historiadores colombianos, y más que una prueba positiva del hecho esgrimía cierto estancamiento de la investigación en historia económica, cierta ausencia de estudios ambiciosos e integrales, como los síntomas que debían haber alertado a los estudiosos⁶.

Esta anotación también puede hacerse a mi artículo de 1990, que se limitó a señalar en abstracto las debilidades que podrían afectar la investigación histórica si se abandonaban algunas de sus prácticas y criterios más tradicionales. Hoy, cuando sabemos que las tendencias internacionales han llevado a un amplio debate sobre la orientación de la historia y sobre las condiciones teóricas de su ejercicio (que por lo demás reabre las viejas polémicas del neokantismo de un siglo antes), no se ha he-

⁴ *La historia al final del milenio*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994, 2 vols.

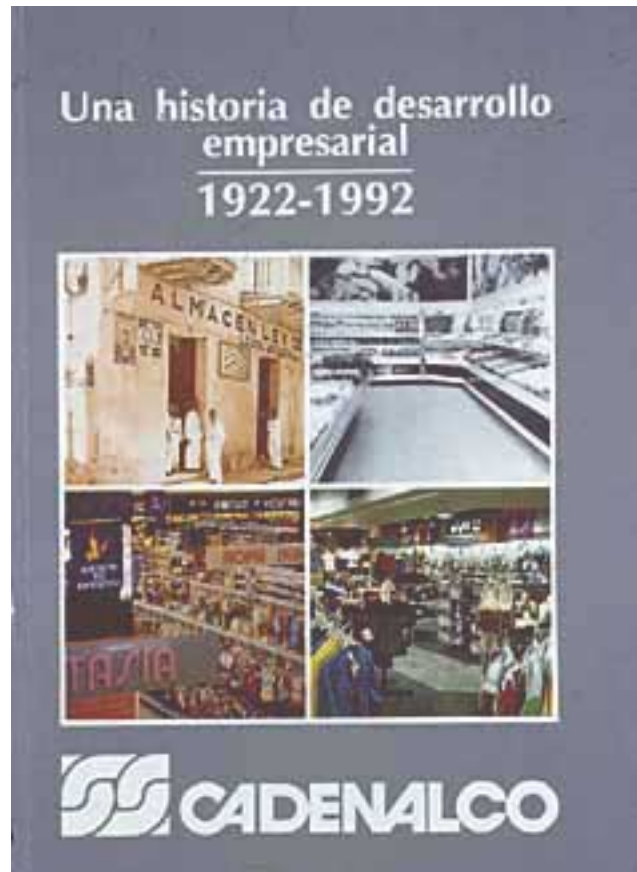
⁵ Bejarano, *Op. cit.*, pág. 290. Una crítica similar la dirige al trabajo de Bernardo Tovar, “Consideraciones sobre el estado actual de la investigación y de los estudios históricos en Colombia”, informe presentado a Colciencias, 1977, pues según él no advirtió los cambios que ya se estaban dando en la primera mitad de los noventa, pese a haber sido elaborado en 1997.

⁶ Los neokantianos (Dilthey, Troeltsch, Windelband, Rickert, Cassirer) argumentaron que la historia no podía formular leyes científicas, pues era una ciencia de la interpretación. Su discusión sobre los problemas de la objetividad del discurso histórico, la posibilidad de hacer explicaciones causales, la existencia simultánea de distintas explicaciones igualmente válidas, reaparece, aunque normalmente sin referencia a sus antecedentes, en buena parte de los

continúa



Javier Guerrero Barón, *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la Violencia*, Tercer Mundo Editores, 1991.



Una historia de desarrollo empresarial, 1922-1992, Medellín, Cadenalco, 1992.

cho un análisis que muestre hasta qué punto estas orientaciones han adquirido importancia en Colombia.

II. LA HISTORIA SIGUE SU MARCHA

Un hecho evidente del decenio es que los ámbitos sociales del trabajo de los historiadores continuaron desarrollándose y consolidándose, de manera que desde el punto de vista de su presencia en el país la historia siguió siendo una disciplina bastante activa y vigorosa.

Las escuelas y programas de historia, por ejemplo, se siguieron fortaleciendo. Las carreras de historia de pregrado se mantuvieron, y poco a poco aparecieron programas de posgrado. En 1988 existían carreras de historia en Cali, Bucaramanga, Medellín (Universidades Nacional y de Antioquia), Tunja y Bogotá (Universidades Nacional y Javeriana). En 1989 se creó la maestría de historia en la Universidad Nacional en su sede de Bogotá, y en 1990 en la sede de Medellín. Posteriormente se ofrecieron maestrías en Bucaramanga y en Tunja, en el área de historia de la educación. Después, en la Universidad Nacional, se empezó a dictar un doctorado, que se ofrece actualmente en Bogotá y pronto se abrirá en Medellín. Estos programas han sido capaces de atraer grupos de estudiantes de buen nivel y en cantidades razonables. Su impacto sobre la producción histórica ha sido muy fuerte. Muchos profesores, agobiados por obligaciones docentes o de otro orden, encontraron en la maestría una oportunidad de concluir viejos proyectos de investigación y presentarlos como tesis. Gran número de los mejores trabajos de este decenio forman parte de este grupo, al que puede sumarse también el conjunto de tesis hechas en el exterior, algunas de las cuales han sido publicadas en el país, aunque la mayoría permanecen inéditas.

textos posmodernistas. Véanse, por ejemplo, Dominique LaCapra, *History and Criticism*, Ithaca, Cornell University Press, 1966; Frank Ankersmit, *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*, The Hague, Martinus Nijhoff, 1983; Richard J. Evans, *In Defense of History*, Londres, Granta Books, 1997; Joyce Appleby et al., *Knowledge and Postmodernism in Historical Perspective*, Londres, Routledge, 1996 y Joyce Appleby, *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1994. Un excelente y detallado análisis de los argumentos neokantianos se encuentra en Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Roma, Einaudi, 1956.



César Augusto Ayala Diago, *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia*, Santafé de Bogotá, 1995. Renán Vega Cantor, *Colombia entre la democracia y el imperio*, Bogotá, Editorial El Búho y Editorial Códice, 1989.

Este proceso lo reforzó la aparición de nuevas revistas académicas, que se nutren también en buena parte de los trabajos de grado, que incluyen también las monografías para lograr el título de historiador, y que en algunas escuelas son de una calidad bastante alta: la Universidad Nacional, sede de Medellín, me parece en este sentido ejemplar. Las revistas más antiguas, además del Boletín de Historia y Antigüedades, fundado en 1902 y que combina algunos buenos artículos con mucho texto de ocasión y conveniencia, son el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, fundado en 1962 y que ha logrado sacar unos 20 números en 35 años, y el Boletín Cultural y Bibliográfico, del Banco de la República, fundado en 1958, que aunque no es muy especializado, ha publicado muchos artículos de investigación histórica, sobre todo a partir de 1983, cuando fue reorganizado. Algunas revistas ya consolidadas parecen haber desaparecido: el Boletín de Historia de la Universidad Javeriana, que sacó unos diez ejemplares entre 1984 y 1993 (pero por curiosidades en la numeración llegó al número 20), fue reemplazado por Memoria y Sociedad (1994-2000, siete números). A ellos se han sumado algunas revistas de vocación histórica: Estudios Sociales creada en 1986 por la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales y que parece haber muerto definitivamente después de nueve números; Historia y Espacio, de la Universidad del Valle, también suspendida y reemplazada en su intención por Región (1993, con seis números hasta 1997). Entre estas revistas de incierta continuidad están el Anuario de Historia Regional y de las Fronteras, que publicó dos números en 1995 y 1997 y la revista Fronteras, del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, del que salieron tres números entre 1997 y 1998.

Siguen activas Historia Crítica, establecida en 1989 por la Universidad de los Andes y que lleva 20 ediciones; Historia y Cultura, creada en Cartagena en 1993, de la que han salido cinco números, e Historia y Sociedad (1994), de la Universidad Nacional, sede de Medellín, que lleva ya seis números; Historia Caribe, publicada en Barranquilla desde 1996; la revista Memoria, del Archivo Nacional (1996), y la Revista Historia de la Educación Colombiana (1998). Fuera de estas revistas, especializadas, profesionales y universitarias, otras publicaciones más generales han servido como medios de expresión de los historiadores universitarios: Huellas, de la



Intercambios violentos. Reflexiones sobre la violencia política en Colombia, de Malcolm Deas, Santafé de Bogotá, Taurus, 1999. Guido Barona Becerra, *La maldición de Midas en una región del mundo colonial, Popayán 1730-1830*, Cali, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1995.

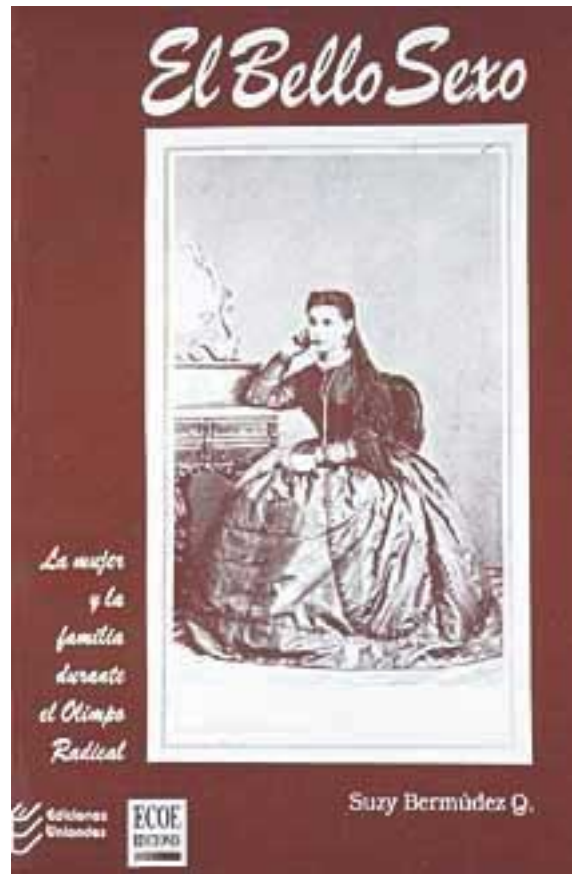
Universidad del Norte, donde se ha recogido mucho material sobre la historia regional de la costa; la Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional, sede de Medellín; Ciencias Humanas de la misma universidad y la Revista de Ciencias Humanas, de la Universidad de Pereira (1994, 20 números hasta 2000); Nómadas, de la Universidad Central (1994, 12 números hasta 2000), Universitas Humanistica, de la Universidad Javeriana y la Revista de Estudios Sociales, una nueva publicación de la Universidad de los Andes (1998, 5 números hasta 2000).

Los congresos de historia se han reunido aproximadamente cada tres años (Ibagué, VII, 1987; Bucaramanga, VIII, 1991; Tunja, IX, 1994; Medellín, X, 1997; Bogotá, XI, 2000). Cada año son más masivos, con centenares de ponencias, con un buen grupo de investigadores extranjeros invitados. En general, a pesar de que cada vez son más tolerantes con trabajos muy flojos, el núcleo de las contribuciones está formado por un buen número de ponencias de alta calidad.

El mundo editorial sigue tomando en serio a la historia. La editorial Ariel ha mantenido una colección muy activa, mientras Planeta publica materiales seleccionados con cierto ojo al mercado. Las universidades siguen siendo descuidadas editoras, con múltiples centros internos de publicación, sin continuidad, coordinación ni buena distribución. La Universidad Nacional es el mejor ejemplo de un sistema editorial disperso y sin continuidad. Una evidente excepción es la Universidad de Antioquia, que así como parece haberse convertido en la primera universidad del país en términos de proyectos y de recursos de investigación, ha construido una editorial relativamente coherente y con estrategias de largo plazo. La serie Clío ha publicado ya casi diez libros. El Banco de la República rediseñó su proyecto editorial y, en compañía de El Áncora, publicó unos 20 libros de historia, entre los que estuvieron algunas de las obras fundamentales publicadas en la década. En el campo de la divulgación sigue activa Credencial Historia, con sus 60.000 ejemplares mensuales, y que ha mantenido un diseño consistente y una orientación muy clara a lo largo de sus 130 números: una publicación que no tiene paralelo en los países iberoamericanos. Alonso



Darío Villamizar, *Aquel 19 será. Una historia del M-19...*, Santafé de Bogotá, Planeta, 1995.



El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical, de Suzy Bermúdez Q., Santafé de Bogotá, Ediciones Uniandes, Ecoe Ediciones, 1993.

Valencia Llano coordinó, por su parte, un proyecto colectivo de divulgación de historia regional, la *Historia del Gran Cauca*, que fue publicada en 1994-1995 por el diario Occidente de Cali, en 17 separatas semanales.

Los manuales para enseñanza elemental y secundaria, que parecían estar mejorando en la década del ochenta —cuando empezaron a incorporar una visión más integral del pasado nacional, aunque al mismo tiempo a promover el reemplazo de una ortodoxia por otra— se estancaron en una rutina poco atractiva, sin esfuerzos reales por promover una visión activa y creadora del conocimiento histórico. Tal vez lo más destacado fue el proyecto colectivo, coordinado por Rosario Jaramillo Holguín, *Un mundo jamás imaginado, 1492-1992* (Santafé de Bogotá, Ministerio de Educación Nacional y Editorial Santillana, 1992), que reunió artículos de un amplio número de colaboradores colombianos y extranjeros, orientado más como una lectura complementaria infantil y no como un texto propiamente dicho.

Una de las mejores noticias recientes fue la construcción, apertura y funcionamiento del Archivo General de la Nación. Un bello edificio, una impecable organización, una administración eficiente, la recepción de fondos documentales del gobierno nacional inabordables o en peligro, buenos índices electrónicos, digitalización de documentos: todo lo que hace amable el trabajo en archivos. Un milagro en la burocracia colombiana, que ojalá no comience a deteriorarse, como es probable, al pasar al Ministerio de Cultura. El aporte del Archivo, por otra parte, se ha extendido a proyectos de ordenamiento, cuidado y microfilmación de archivos regionales, públicos y privados. Muchos archivos regionales —en Medellín, Cartagena, Barranquilla y otras partes— se han modernizado y cambiado de mentalidad: están para apoyar a los investigadores. Frente a esto, hay que lamentar la agonía larga de la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales, que en los años setenta y ochenta estimuló tanto la investigación, con



Europa en la época del descubrimiento, de Abel Ignacio López Forero, Santafé de Bogotá, Editorial Ariel, 1998. *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada*, de Jaime Humberto Borja Gómez, Santafé de Bogotá, Editorial Ariel, 1998.

sus simposios, sus publicaciones y el amable ambiente de su sede, con sus archivos empresariales, sus colecciones de fotografía y su sala de materiales antioqueños.

También debe destacarse el impacto de los premios nacionales de historia, otorgados por Colcultura y ahora por el Ministerio de Cultura: sus decisiones han sido sólidas y han llevado a ediciones más rápidas y a una mejor divulgación de la obra de los ganadores⁷. El premio nacional de ciencias de la Fundación Alejandro Ángel Escobar fue concedido por primera vez a un trabajo histórico en 1988, cuando se escogió la *Historia económica de Colombia* dirigida por José Antonio Ocampo, y nuevamente en 1998, con un libro imposible de conseguir —la Luis Ángel Arango no lo tiene— de Roberto Franco sobre Orocué, y otra vez en el 2000, cuando la ganadora fue Martha Herrera Ángel, con un trabajo aún inédito sobre el siglo XVIII. En 1999 el libro de Efraín Sánchez sobre Codazzi había sido el finalista.

No es fácil saber cómo ha evolucionado la financiación de investigación, dada la escasa información que divulgan las entidades responsables y las universidades. Colciencias financió en estos diez años menos de 20 proyectos en el área, casi todos en 1995, y muchos no parecen haber concluido: de estos proyectos sólo se derivan los libros de Medófilo Medina, Splendiani, César Augusto Ayala Diago, Cortés y Vos⁸. Casi tanto peso como Colciencias parece haber tenido la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, que aunque apoyó menos proyectos, generó aparentemente un mayor número de publicaciones⁹.

III. UN INVENTARIO PARCIAL

Resulta inevitable, aunque algo árido, hacer un breve inventario de lo que han publicado los historiadores. La selección resulta inevitablemente arbitraria: hay textos de cuya aparición no me he enterado —mucho edición se queda en las bodegas de las universi-

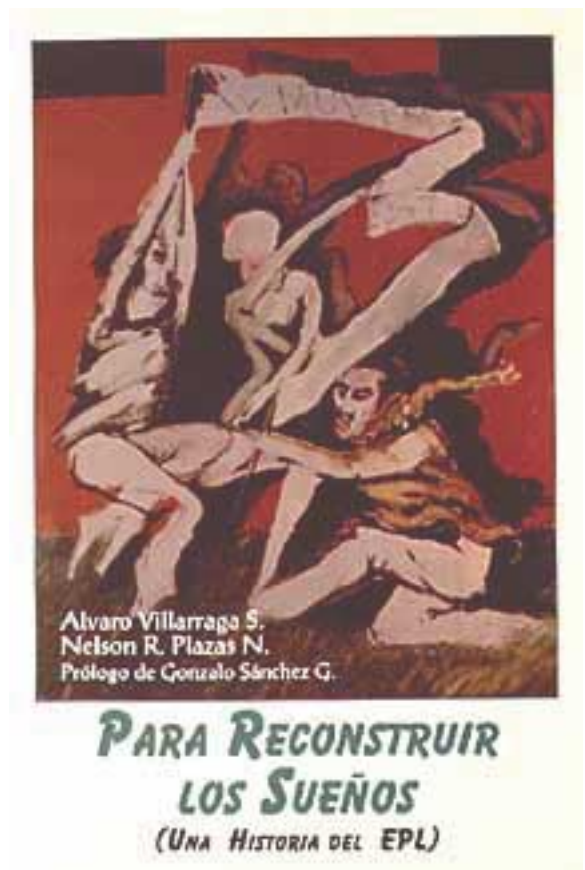
⁷ Algunos de los libros premiados y publicados han sido el de Hermes Tovar, *Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas. Colombia, 1800-1900*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, Colcultura, 1995; Álvaro Medina, *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, Santafé de Bogotá, Colcultura, Tercer Mundo Editores, 1995; José David Cortés Guerrero, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881-1918*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 1998; Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, Instituto Colombiano de Cultura, 1995; Aída Martínez Carreño, *La guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas*, Santafé de Bogotá, Editorial Planeta, 1999 y Catalina Reyes Cárdenas, *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín, 1890-1930*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.

⁸ José David Cortés Guerrero, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881-1918*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 1998. Rafaela Vos Obeso, *Mujer, cultura y sociedad. Barranquilla, 1900-1930*, Santafé de Bogotá, Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1999. La lista de proyectos financiados a partir de 1978 se encuentra en http://garavito.colciencias.gov.co/Proyectos/consulta_proyectos.asp

⁹ Entre los trabajos que recibieron apoyo de la Fundación debe destacarse la historia regional de la costa de Posada Carbó que se menciona más adelante.



Historia de la pintura y el grabado en Antioquia, de Santiago Londoño Vélez, Editorial Universidad de Antioquia, 1996.



Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL, de Álvaro Villarraga Sarmiento y Nélsón R. Plazas N., Fundación Progresar, Fundación Cultura Democrática, 1994.

dades—, y muchos que no he leído, que pueden perderse por razones ajenas a su calidad, por razones más o menos arbitrarias. Y por supuesto, las breves notas que los acompañan constituyen una respuesta espontánea de lectura, más que un análisis de fondo, imposible para muchas áreas en las que mi conocimiento es apenas básico¹⁰.

Los investigadores extranjeros, como ha ocurrido de manera constante desde la década de 1940, han hecho notables contribuciones al conocimiento del pasado nacional. El decano de ellos, David Bushnell, publicó una síntesis de la historia nacional, equilibrada, lo menos polémica posible: *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. El más conocido de los colombianistas, Malcolm Deas, terminó una cuidadosa y precisa biografía de William Wills, quien vino como representante de los tenedores de deuda inglesa y terminó vinculado a la política y la economía locales (*Vida y opiniones de Mr. William Wills*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1996). Publicó también *Del poder y la gramática*, un magnífico trabajo, en el que aparecen las mejores virtudes del autor: la agudeza, la capacidad de ver lo inesperado, el ingenio, el amplio conocimiento de las fuentes, el rechazo a las explicaciones simplistas. Por su parte, William Lofstrom publicó *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1996) que presenta su agitada vida familiar con base en la correspondencia personal. Jane Rausch continuó desarrollando su ambiciosa historia de los Llanos Orientales, en dos volúmenes que se tradujeron rápidamente, *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1994) y *La frontera de los Llanos en la historia de Colombia, 1830-1930* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1999). Un tercer volumen, aún no traducido al español, lo publicó en 1999¹¹.

La obra de Anthony McFarlane, *Colombia antes de la independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio de Borbón* (Santafé de Bogotá, Banco de la

¹⁰ Una bibliografía de más de 2.000 títulos, que acompaña este trabajo, puede consultarse en la Biblioteca Virtual del Banco de la República: www.banrep.gov.co/blaa

¹¹ Jane M. Rausch, *Colombia: Territorial Rule and the Llanos Frontier*, Gainesville, University of Florida Press, 1999.



La provincia de Mares, de Armando Martínez Garnica y Juan Alberto Rueda Cardozo, Bucaramanga, Ediciones UIS, 1996. *Polémicas universitarias en Santa Fe de Bogotá, siglo XVIII*, de Diana Soto Arango, Santafé de Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1993.

República, 1997) es, con mucho, el mejor tratamiento de conjunto de la sociedad neogranadina de la segunda mitad del siglo XVIII. El libro de Hans König se enfrentó al difícil problema de la formación de la nación, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1994).

Libros ya antiguos y conocidos lograron al fin su traducción: el más sorprendente, por lo tardío, es el amplio estudio de Robert Gilmore sobre la polémica entre federalismo y centralismo en la primera mitad del siglo XIX: *El federalismo en Colombia, 1810-1858*, publicado casi 50 años después de haber sido escrito. Otras traducciones fueron las de Kuethe, Young, Lafitte, Randall y dos extranjeros residentes en Colombia —quizá ya deberíamos llamarlos colombianos— hicieron importantes contribuciones: de los trabajos de Giorgio Antei se destaca *Guía de forasteros. Viajes ilustrados por Colombia, 1817-1857*; trabajo en el que, como en sus estudios de Codazzi, logró descubrir una documentación importante olvidada en oscuros archivos y museos de Europa, y Jacques Aprile publicó tres libros sobre historia urbana —de las pequeñas localidades urbanas para ser más precisos— (*La ciudad colombiana, siglo XIX y siglo XX* [Santafé de Bogotá, Banco Popular, 1992], *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana* [Santafé de Bogotá, Banco Popular, 1991] y *La ciudad colombiana* [Cali, Universidad del Valle, 1997]). Una nueva recopilación de ensayos de historiadores norteamericanos complementa la conocida antología de Jesús Antonio Bejarano: Germán Mejía Pavony, *Colombia en el siglo XIX* (Santafé de Bogotá, Planeta, 1999).

La obra de los investigadores españoles es menos conocida, aunque hay una producción amplia, casi siempre apoyada en la documentación del Archivo de Indias, y por lo tanto dedicada al estudio de la época colonial: los estudios sobre encomiendas, tributos y poblaciones indígenas forman ya un corpus notable. En esta década Julián Ruiz Rivera complementó su estudio previo sobre los indios del interior de Colombia con *Los indios de Cartagena bajo la administración española en el siglo XVII*

(Santafé de Bogotá, Archivo General de la Nación, 1996); Carmen Pumar Martínez elaboró una biografía de *Don Antonio Amar y Borbón, último virrey del Nuevo Reino de Granada* (Borja, Centro de Estudios Borjanos, 1991), mientras que Lola G. Luna analizó los *Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena* (Santafé de Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1993); esta última autora ha sido excepcional por su atención a la historia contemporánea, publicó varios artículos sobre las mujeres en Colombia en el siglo XX¹².

Los historiadores locales ofrecieron algunas contribuciones de primer nivel. Un verdadero *tour de force*, imaginativo, creador y muy bien razonado es el esfuerzo por utilizar simultáneamente los relatos mitológicos y la documentación colonial en el estudio de las relaciones entre españoles e indios en el Darién y el Chocó hecho por Patricia Vargas¹³. Igualmente sorprendente es el libro de Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda Giraldo, *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750-1810* (Santafé de Bogotá, Colciencias, Universidad de los Andes, 1999), que desborda su tema y se convierte en un enciclopédico tratamiento de la sociedad colonial tardía. También hay que destacar, por su madurez y claridad conceptual, y por un amplio trabajo de archivo, *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII* (Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996), de María Clemencia Ramírez de Jara, y *Poder local, población y ordenamiento territorial en la Nueva Granada, siglo XVIII* (Santafé de Bogotá, Archivo General de la Nación, 1996) de Marta Herrera Ángel. Podrían mencionarse con justicia cuatro o cinco trabajos más, muchos de los cuales reflejan la orientación de Hermes Tovar Pinzón, quien publicó una interesante obra: *La estación del miedo o la desolación dispersa. El Caribe colombiano en el siglo XVI* (Santafé de Bogotá, Ariel, 1997). Un texto que abre perspectivas sobre la vida cotidiana pero también sobre la economía y la fiscalidad de la época es el libro de Gilma Mora, *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada durante el siglo XVIII* (Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988). También vecino a la historia de la vida cotidiana y con elementos de historia económica y religiosa es el estudio de las *Cofradías, capellanías, epidemias y funerales* de Ana Luz Rodríguez (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1999).

El mundo político de finales del siglo XVIII (vinculable en buena parte con los trabajos de Renán Silva y König que se citan más adelante) es el estudio de Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1993).

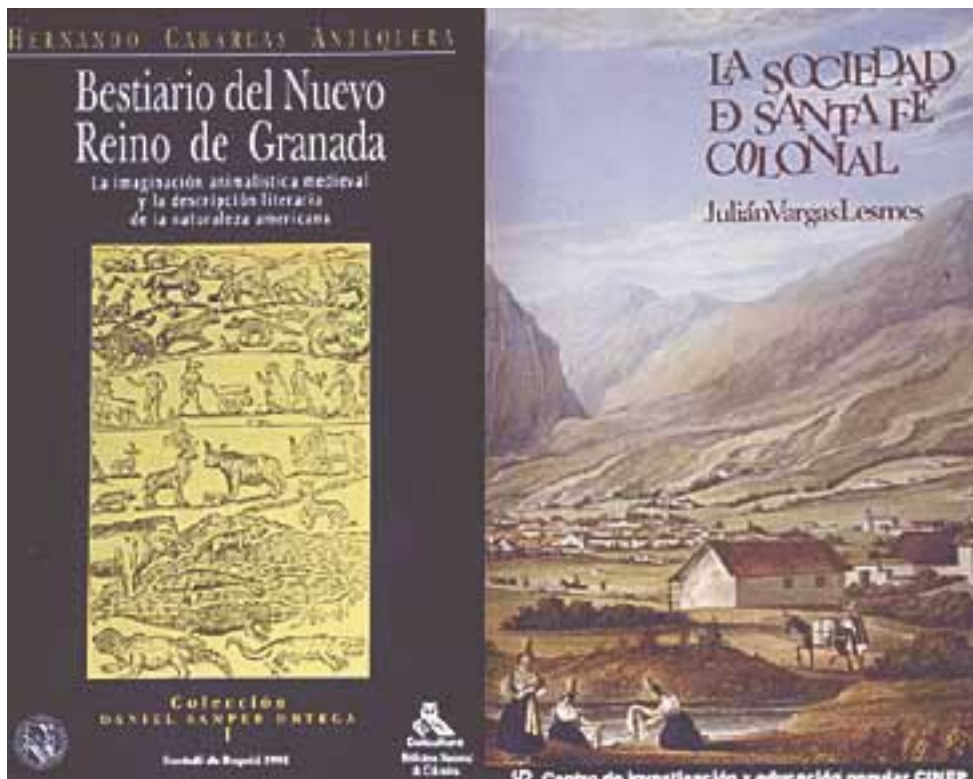
En historia social, fuera de los sólidos trabajos de Mauricio Archila Neira¹⁴, se dieron a conocer algunos esfuerzos por elaborar la visión ideológica de grupos subordinados, como los de Mario Aguilera, del que merecen destacarse *Insurgencia urbana en Bogotá* (Santafé de Bogotá, Colcultura, 1997) e *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948* (Bogotá, Instituto María Cano, 1991); Francisco Gutiérrez efectuó un análisis algo gramsciano de los conflictos neogranadinos en *Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849-1854* (Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1995).

La historia urbana está en un indudable período de auge: fuera de un proyecto colectivo sobre Medellín, interesante por la contribución de mucho joven historiador (Jorge Orlando Melo, editor, *Historia de Medellín*, 1996), Julián Vargas publicó un estudio sobre diversos aspectos de la vida diaria en Bogotá, innovador y bien documentado, *La sociedad de Santafé colonial* (Bogotá, Cinep, 1990) y Germán Mejía P., *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, que se centra en el desarrollo demográfico y los cambios urbanísticos de la ciudad (Santafé de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999). Pablo Rodríguez contribuyó al conocimiento de la vida urbana de la época con *Ca-*

¹² Algunos libros cuya traducción debería hacerse rápidamente son los de Víctor Manuel Uribe Urán, *Honorable Lives: Lawyers, Society and Politics in Colombia, 1780-1850*, University of Pittsburgh, 2000; Rebeca A. Earle, *Spain and the Independence of Colombia, 1808-1825*, University of Exeter Press, Exeter, 2000; Ann Farnsworth Alvear, *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*, Duke University Press, 2000, y David Lee Sowell, *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*, Philadelphia, Temple University Press, 1992. Algo similar ocurre con el libro de Karen Ordahl Kupperman, *Providence Island, 1630-1641: the Other Puritan Colony*, Cambridge University Press, 1995, que ha recibido una acogida muy elogiosa. Otro libro sobre Providencia, que no he leído, es el de Joy Cordell Robinson, *The Genealogical History of Providencia Island*, California, The Borgo Press, 1996.

¹³ *Los embera y los cunas: impacto y reacción ante la ocupación española, siglos XVI y XVII*, Bogotá, Cerec e Instituto Colombiano de Antropología. Como ocurre con frecuencia entre nuestros historiadores, este excelente trabajo ignora dos o tres estudios fundamentales sobre la región, entre otros los muy conocidos de Charles Verlinde, Carl Sauer y Le Roy Gordon.

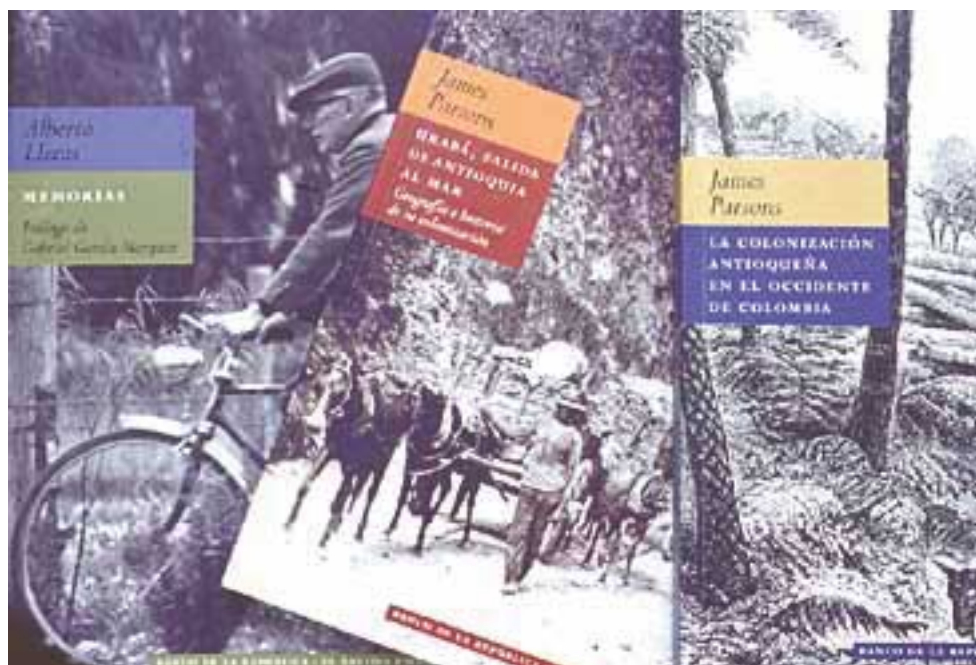
¹⁴ Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, Santafé de Bogotá, Cinep, 1991, es probablemente su más sólido trabajo.



Hernando Cabarcas Antequera, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Colcultura, 1994. *La sociedad de Santa Fe colonial*, de Julián Vargas Lesmes, Bogotá, CINEP, 1990.

bildo y vida urbana en el Medellín colonial, 1675-1730 (Medellín, Universidad de Antioquia, 1992) y Catalina Reyes, en *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín, 1890-1930* (Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1996), presenta una visión compleja y un poco menos positiva que la usual de los problemas de la ciudad a comienzos de siglo. Fernando Botero Herrera, en *Medellín, 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses* (Medellín, Universidad de Antioquia, 1996), subraya ante todo la utilización del proceso de planeación y desarrollo por urbanizadores y empresarios privados. *Cien años de la vida de Medellín* (Medellín, Concejo de Medellín, 1994; hay una segunda edición revisada de 1998), de Fabio Botero Gómez, me parece un libro divertido, con una capacidad de ver los fenómenos ideológicos de la urbanización, la bohemia, el impacto sobre la poesía y las canciones que raras veces capturan otros autores; sus virtudes compensan cierto desorden. Un libro sólido, excelentemente escrito, que presenta un equilibrado entramado de los procesos sociales y constructivos es *La ciudad en la colonización antioqueña. Manizales*, de Jorge Enrique Robledo Castillo (Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1996).

Otros campos de la historia social se han venido consolidando. Magdala Velásquez coordinó tres volúmenes de síntesis y nuevas contribuciones sobre la historia femenina, *Las mujeres en la historia de Colombia* (Santafé de Bogotá, Norma, 1995), en el que, en mi opinión, frente a artículos excelentes hay muchos en los que se perdió toda perspectiva propiamente histórica. En *Extravíos: el mundo de los criollos ilustrados* (Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1996), Aída Martínez muestra con gran eficacia, con base en un caso, las tensiones y opciones de las mujeres a fines de la colonia, mientras que Suzy Bermúdez contribuye, en trabajos menos satisfactorios, al conocimiento de la historia de la mujer en el siglo XIX: *Hijas, esposas y amantes. Género, clase, etnia y edad en la historia de América Latina* (Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 1992) y *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical* (Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 1993). La historia más reciente, del siglo XX, la tratan Lola G. Luna, *Historia, género y política* (Barcelona, Universidad de Barcelona, Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología,



Banco de la República/El Áncora Editores.

gía, 1994) y el libro ya mencionado de Rafaela Vos Obeso sobre las mujeres barranquilleras en la primera mitad del siglo XX.

Sobre la infancia es poco lo publicado: un libro de Ximena Pachón: *La niñez en el siglo XX. Comienzos de siglo, salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección* (Bogotá, Planeta, 1991), que realmente se refiere de manera casi exclusiva al Bogotá de comienzos del siglo XX y la obra *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín, 1900-1930*, de Carlos García Londoño (Medellín, Universidad de Antioquia, 1999).

Los estudios históricos colombianos tienen una proporción creciente de sexo y pecado, que sin duda atrae a los editores, quienes confían en que un buen título llevará a los lectores a buscar emoción entre los complejos cuadros demográficos que usualmente forman parte de la carne de estos libros. Ya se mencionó la obra de Virginia Gutiérrez de Pineda, que es al mismo tiempo trabajo de síntesis y conjunto de estudios monográficos sobre la familia colonial. Otra contribución sería el trabajo de Guiomar Dueñas, *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santa Fe de Bogotá colonial* (Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1997). Un poco menos convincente es el libro de Miguel Ángel Orrego, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930* (Santafé de Bogotá, Fundación Universidad Central, 1997). Los trabajos de Pablo Rodríguez, del cual mencionamos *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII* (Santafé de Bogotá, Ariel, 1997) y *Sedución, amancebamiento y abandono en la Colonia* (Santafé de Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991) son pacientes, bien documentados y cuidadosos, aunque algunas de sus conclusiones generales son discutibles, por un uso que no resulta convincente de la evidencia estadística.

En historia cultural lo más sugestivo, pero todavía inicial, se ha hecho en historia del arte. Álvaro Medina realizó una exploración básica de las manifestaciones artísticas del período en *El arte colombiano de los años veinte y treinta* (Santafé de Bogotá, Colcultura, 1995); también el libro de Santiago Londoño Vélez, *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia* (Medellín, Universidad de Antioquia, 1996), realiza una exploración competente a un territorio apenas conocido. Algo similar hace el libro de Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)* (Santafé de Bogotá, Colcultura, 1995). Renán Silva: *Prensa y revolución a*

finales del siglo XVIII: contribución a un análisis de la formación de la ideología de independencia nacional (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1988), como todos sus trabajos, es un ejemplo de lectura cuidadosa de los documentos, de atención a los matices y de dominio de los elementos contextuales que afectan su tema.

La historia de la ciencia pareció consolidarse en estos años, pero se advierte cierto freno. Lo más ambicioso fueron los diez volúmenes de la *Historia social de la ciencia en Colombia* (Santafé de Bogotá, Colciencias, 1993), muy desigual, como era inevitable: los estudios sobre medicina ofrecen una perspectiva más integral y una metodología más sólida. El libro de Renán Silva, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada. Contribución a un análisis histórico de los procesos de apropiación de modelos culturales* (Cali, Universidad del Valle, 1992) es otra muestra de la seguridad metodológica y de la finura de lector y analista de su autor. Una buena entrada a aspectos sociales del proceso científico es *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición, 1859-1936* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992), de Diana Obregón. Un trabajo inteligente es el de Alberto Castrillón Aldana *Alejandro de Humboldt: del catálogo al paisaje. Expedición naturalista e invención de paisajes* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000), bastante influido por las nuevas corrientes históricas, sobre todo en una curiosa tendencia a convertir afirmaciones obvias en fórmulas muy elaboradas.

No alcanza la religión a competir con el sexo, pero hay algunos trabajos ambiciosos y bien hechos en esta área, como: *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885* (Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín, 1993) de Gloria Mercedes Arango; un poco más institucional de lo que sugiere su título, tenemos *Entre el gorro frigio y la mitra. La mentalidad político-religiosa del hombre neogranadino, 1850-1887*, de Rubby Álvarez de Huertas (Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1998) y el libro de José David Cortés Guerrero, *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881-1918* (Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 1998). Brujas e inquisidores comienzan a ser objeto de investigación local, años después de los estudios de José Toribio Medina y Manuel Tejado Fernández. Los documentos de la inquisición fueron base para la tesis de Diana Luz Ceballos Gómez, *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios* (Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994), que me parece la más sólida de las contribuciones al tema, aunque algo parcial e inicial¹⁵. El libro de Jaime Humberto Borja Gómez y Anna María Splendiani, eds., *Inquisición, muerte y sexualidad en el Nuevo Reino de Granada* (Santafé de Bogotá, Ariel y Ceja, 1996) recoge varios trabajos sobre el tema y el de Borja, *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás* (Santafé de Bogotá, Ariel, 1998) es un esfuerzo ambicioso y erudito, que intenta establecer la evolución de las ideas del demonio en la colonia y su relación con la mentalidad de los diversos grupos sociales. Anna María Splendiani y sus colaboradores editaron una amplia documentación, precedida de un volumen introductorio, que conforma una síntesis histórica integral de la inquisición en Nueva Granada, muy útil en sus aspectos descriptivos, pero discutible en sus conclusiones, a veces algo apologeticas¹⁶.

Afines a estos trabajos, y más cerca de los escritores posmodernos, al ver el documento más como un texto que como un testimonio, son los brillantes trabajos de Álvaro Félix Bolaños Cárdenas, *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial. Los indios pijaos de fray Pedro Simón* (Santafé de Bogotá, Cerec, 1994), un excelente ejercicio de lectura crítica, y Hernando Cabarcas Antequera, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana* (Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Colcultura, 1994).

La historia de la vida cotidiana, en el que puede mencionarse la monografía de Aída Martínez Carreño, *La prisión del vestido. Aspectos sociales del traje en América*

¹⁵ No he leído (y esperaré su traducción al español para hacerlo) su nuevo libro, *Zauberei und Hexerie, eine Untersuchung Magischer Praxen in Neuen Königreich Granada*, Francfort, Peter Lang, 2000.

¹⁶ Anna María Splendiani, José Enrique Sánchez Bohórquez y Emma Cecilia Luque de Salazar, *Cinuenta años de inquisición en el tribunal de Cartagena de Indias, 1610-1660*, Santafé de Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 1997, 4 vols.



Banco de la República/El Áncora Editores.

(Santafé de Bogotá, Planeta, 1995) fue objeto de un intento de síntesis dirigido por Beatriz Castro Carvajal¹⁷. Zandra Pedraza Gómez ofrece¹⁸ una historia muy reveladora de los cambios que se presentaron en Bogotá en los primeros años del siglo XX en la percepción del cuerpo, la higiene, la gimnasia, con todas sus implicaciones para la moral, la salud y las buenas maneras. El libro hace aportes fundamentales, a pesar de que la forma de la exposición, con su apego a ciertos conceptos de moda, no me convence del todo.

Ha continuado el auge de la historia regional: en Santander, bajo la orientación de Armando Martínez, Jairo Gutiérrez y Amado Guerrero se hizo una exploración sistemática de las provincias. Cartagena ha sido también muy estudiada, y en general la costa Atlántica: el libro de Eduardo Posada Carbó, *El Caribe colombiano. Una historia regional (1870-1950)* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1998) es una obra del más alto nivel, uno de los libros fundamentales publicados en el decenio, aunque me parece que minimiza los conflictos sociales y étnicos de la región y los impactos de la ganadería en la debilidad de la economía de la zona. La investigación de Alfonso Múnera Cavadia, *El fracaso de la nación, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1821* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1998), hace un análisis simultáneo de los aspectos étnicos y regionales. Resulta imposible citar la multitud de trabajos de Adolfo Meisel, Gustavo Bell y Sergio Paolo Solano sobre otros aspectos de la historia costeña, o de Alonso Valencia o Albeiro Valencia Llano sobre historia del Cauca y de la región cafetera. Un excelente trabajo, en el que la influencia de los teóricos posmodernos se traduce en nuevas preguntas y perspectivas, pero escrito con claridad y sin jergas, es el libro de Claudia Steiner sobre Urabá¹⁹. La historia de varios procesos de colonización de Hermes Tovar Pinzón, *Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas, Colombia, 1800-1900* (Santafé de Bogotá, Colcultura, 1995), es un sofisticado ejercicio de historia social regional. Y dos historias regionales colectivas lograron editarse: *Historia general del Huila*, dirigida por Bernardo Tovar y Carlos Eduardo Amézquita (Neiva, Academia Huilense de Historia, 1995, 5 vols.) y la *Historia del Gran Cauca*, dirigida por Alonso Valencia (Cali, Universidad del Valle, Instituto de Estudios del Pacífico, 1996). En el Tolima el mayor aporte fue el de Hernán Clavijo Ocampo con los dos volúmenes de la *Formación histórica de las elites locales en el Tolima* (Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1993), un libro apoyado en una búsqueda muy amplia de documentación original que traza la historia regional desde la colonia hasta fines del siglo XIX.

¹⁷ *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Santafé de Bogotá, Norma, 1996.

¹⁸ *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y de la felicidad*, Berlín, Ferien Universität Berlín, Deutschen Akademischen Austauschdienstes, 1996.

¹⁹ *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000. La debilidad del libro está, en mi opinión, en el tratamiento muy rápido de ciertos períodos, en especial lo que va de 1930 a 1950.

La violencia es el tema por excelencia de las ciencias sociales en Colombia. No son muchos, sin embargo, los trabajos históricos que se centran en su estudio. Darío Acevedo Carmona en *La mentalidad de las elites sobre la violencia en Colombia, 1936-1949* (Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora, 1995) abre una interesante perspectiva, al analizar los lenguajes y discursos que estimularon la violencia. Nadie ha intentado, en la misma dirección, analizar la forma como los grupos de oposición, revolucionarios o populistas, convirtieron la violencia en parte normal de su discurso político y de su identidad. Las organizaciones armadas y sus ideologías apenas comienzan a estudiarse. Pueden mencionarse los libros de Eduardo Pizarro León Gómez, *Las Farc (1949-1966), de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991) e *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada* (Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Tercer Mundo Editores, 1996) y el trabajo, muy cercano a una descripción de denuncia, de Carlos Medina Gallego, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia. Origen, desarrollo y consolidación. El caso "Puerto Boyacá"* (Bogotá, Editorial Documentos Periodísticos, 1990); *De las armas a la política* (Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Tercer Mundo Editores, 1999) recoge las ponencias presentadas al simposio que se realizó en el X Congreso de historia de Colombia en Medellín, en 1997 y *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia* (Santafé de Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 1991) de Javier Guerrero Barón, estudia el conflicto político durante los años treinta. De César Augusto Ayala Diago: *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia, 1960-1966*.

Tampoco son muchas las biografías, aunque hubo al menos tres o cuatro de primera línea, *Juegos de rebeldía. La trayectoria política de Saúl Charris de la Hoz* (Santafé de Bogotá, Comité de Investigaciones para el Desarrollo Científico, Universidad Nacional de Colombia, 1997) de Medófilo Medina, interesante por narrar la vida de un político secundario; la de Víctor Álvarez, *Gonzalo Restrepo Jaramillo. Familia, empresa y política en Antioquia* (Medellín, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1999), muy bien documentada pero algo hagiográfica y *Retrato de un patriarca antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escovar, 1815-1899, abogado, político, educador y fundador de Andes*, de Jorge Restrepo. Las biografías de estos dos últimos personajes (abuelo y nieto) las hizo posible una excepcional documentación familiar, que normalmente las mismas familias destruyen, sobre todo cuando el político o empresario no alcanzó los más altos niveles de la vida nacional: la piedad filial, que esconde archivos o recorta prensa en las bibliotecas, se ha encargado de borrar de la historia colombiana buena parte de nuestros personajes.

En general, los estudios de historia política, y en particular los relativos a las épocas más recientes, muestran un nivel metodológico incipiente. La crítica de las fuentes es casi inexistente, y la información de prensa o algunos testimonios unilaterales, que usualmente son la fuente dominante, se toman con una ingenuidad que a veces resulta asombrosa. Las perspectivas interpretativas raras veces van más allá de una ordenación narrativa guiada por maniqueísmos elementales: la bondad del pueblo y la maldad y el maquiavelismo de los grupos dominantes generan una narrativa que parece contrastar un pueblo valiente pero siempre engañado con una inverosímil inteligencia de los malos. En estos trabajos, sobre todo en los que hablan de los últimos años, la exposición se reduce con frecuencia a la paráfrasis polémica y poco convincente de unos pocos textos que revelarían las conductas opresivas o represivas del establecimiento. La falta de complejidad de la argumentación, la reiteración de arquetipos argumentativos y de juicios valorativos y moralistas, la ausencia de atención a la complejidad, las incertidumbres, los niveles de ignorancia y las contradicciones en las motivaciones de los actores sociales hacen de esta literatura un ejercicio ideológico transparente²⁰.

²⁰ Carlos Arango Zuluaga, *Tres décadas de luchas unitarias colombianas. Los obreros del cemento, la construcción y la maderera*, Santafé de Bogotá, Fenaltracconcem, 1992; Alfonso Torres, *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá, 1950-1977*, Santafé de Bogotá, Cinep, 1993; Marta García, "Las luchas cívicas en Bogotá por el derecho a la ciudad", en *VIII Congreso nacional de historia de Colombia. Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia* (Bucaramanga, 1992) son ejemplos de esto. Seguramente en la producción ideológicamente opuesta —a cuya lectura me siento todavía más reacio— la estructura metodológica es igual, un simple espejo de ésta.

La historia económica, como lo señaló Jesús Antonio Bejarano, no ha producido obras de tanto impacto como las de José Antonio Ocampo o el mismo Bejarano publicadas en los ochenta. Sin embargo, ha habido trabajos de interés, como el de Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia* (Santafé de Bogotá, Ediciones Uniandes, Tercer Mundo, 1992), que presenta una visión crítica sobre el papel de los empresarios, que a veces se desliza hacia una presunción de coherencia maquiavélica poco verosímil, y el libro de Juan José Echavarría, *Crisis e industrialización. Las lecciones de los treinta* (Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, Banco de la República, Fedesarrollo, 1999). Se ha escrito bastante en historia bancaria, algo en historia empresarial y ha habido una interesante reflexión sobre los problemas económicos de la costa Atlántica hecha por Gustavo Bell, Eduardo Posada y Adolfo Meisel. Sobre la costa Atlántica, para tomar el mejor ejemplo, el volumen de *Historia económica y social del Caribe colombiano* (1994) editado por Adolfo Meisel muestra avances sólidos, temas importantes como la historia de la ganadería han tenido sus tratamientos iniciales, y los trabajos de Alfonso Múnera sobre comerciantes a fin del período colonial, los de Gustavo Bell, y los de Paolo Solano y Alfonso Conde sobre empresarios indican cierto dinamismo. Del mismo modo se mantiene activa la historia empresarial, referida también a otras regiones del país, aunque a veces en una orientación ideológica poco crítica, que recuerda a los historiadores empresariales norteamericanos de los sesenta, pagados y contratados por las mismas empresas.

Y la reflexión sobre la historia, la serpiente que se muerde por la cola, ha producido al menos un libro, no muy exitoso: *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994). Mis periódicos inventarios historiográficos (hechos en 1969, 1980 y 1988), se reunieron, con otros ensayos sobre el tema, en un libro que omitió, por limitaciones en el presupuesto del departamento de Antioquia, el texto de 1980 que analizaba la producción del decenio anterior²¹. Aludí a otros textos al comienzo de este ensayo, y podrían mencionarse diez o quince artículos de inventario y análisis historiográfico referidos a algún tema específico²².

UNA CONCLUSIÓN PROVISIONAL

La discusión detallada de los contenidos de esta abundante producción supera las posibilidades de este ensayo, más de inventario que de análisis. La discusión de los problemas metodológicos de la historia cultural, que alcanza ya niveles sofisticados en Colombia, o de la historia política, todavía incipiente, deberá hacerse en otro texto. A modo de conclusión provisional, los párrafos siguientes, que siguen muy de cerca, a veces literalmente, el texto del artículo ya citado publicado en *Discurso y Razón*, presentan algunas descripciones generalizadoras, acompañadas de varias consideraciones críticas iniciales.

La historia escrita en años recientes cubre un abanico temático cada vez más amplio, sobre todo en los historiadores jóvenes. De algún modo, los estudios de historia económica, social y política estaban referidos a objetos históricos relativamente unificados: los recursos productivos, los conflictos entre grupos sociales, el poder. Los modelos teóricos, marxistas o no, ofrecían algunas hipótesis integradoras, que permitían relacionar los distintos niveles del proceso social y establecer lo que podrían llamarse ciertos grados de primacía ontológica o temporal entre ellos: la economía era determinante, o condicionante, o al menos tenía un ritmo de cambio, una duración, que le daba una función explicativa y sugería, como estrategia razonable de investigación y exposición, la búsqueda de interrelaciones entre lo económico, lo social y lo político. La historia cultural y la historia social reciente, orientada en buena parte a la vida cotidiana, al análisis de las costumbres, definen a cada momen-

²¹ Jorge Orlando Melo, *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*, Medellín, Seduca, 1966. El artículo omitido: "Los estudios históricos en Colombia, 1969-1979" se encuentra disponible en <http://www.banrep.gov.co/blaavirtual/letra-m/melo/estuhisto.htm>. El libro completo puede consultarse en <http://www.banrep.gov.co:80/blaavirtual/letra-g/grafia/indi.htm>

²² Germán Colmenares, "Estado del desarrollo e inserción social de la historia en Colombia", en *Misión de Ciencia y Tecnología, La conformación de la comunicación científica en Colombia*, II, vol. 3, Bogotá, Colciencias, 1990 y "Prospectiva y perspectiva de la historia en Colombia", en *Ciencias Sociales en Colombia*, Bogotá, Colciencias, 1991; Darío Acevedo, "Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX", ACHSC, núm. 18-19, 1991; Carlos Ramiro Bravo Molina, "Historiografía del régimen colonial esclavista en Colombia" *Revista de Ciencias Humanas*, vol. 7, núm. 3, 1966; Adolfo Meisel Roca, "La historiografía económica sobre la costa Caribe de Colombia ¿Hacia dónde vamos?" *Huellas*, núms. 49 y 50, 1997; José David Cortés, "Balance bibliográfico sobre la historia de la Iglesia católica en Colombia, 1945-1955", en *Historia Crítica*, núm. 12, 1995, y tres o cuatro textos más. Se han escrito varios análisis de la obra de historiadores, vivos o difuntos: pueden mencionarse el sólido y documentado estudio de Gonzalo Cataño, "Un clásico de la historiografía nacional: economía y cultura de Luis Eduardo Nieto Arteta", *Historia Crítica*, núm. 15, 1997, y el prematuro trabajo sobre Jorge Orlando Melo, en *Crítica sociológica y otros ensayos* (Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2000). Germán Colmenares fue objeto de varios estudios, por Jaramillo Uribe, Garrido, Melo, Safford y otros, y Jaramillo Uribe fue analizado por Melo y Bernardo Tovar.



Banco de la República/El Áncora Editores.

to sus objetos, y crean, al mismo tiempo que una terminología nueva, núcleos de análisis cuyas relaciones con otros elementos del proceso histórico no pueden definirse fácilmente. El estudio de las ‘mentalidades’ y los ‘imaginarios’ (preferibles a las ideas o representaciones), las maneras de la mesa o el vestido, de los rituales, las imágenes y las formas del discurso, invita en cierto modo a la fragmentación y atomización de los textos históricos y a la sustitución de unas estrategias expositivas por otras: la descripción impresionista, más o menos espesa, la frase paradójica, resultan más aptas que la interpretación causal o las narrativas lineales. Es posible, es cierto, inscribir el análisis de estos objetos, que en buena parte son construidos y carecen de un referente externo determinable, en procesos de construcción de identidad, o en estrategias de afirmación de grupos sociales o étnicos, pero esta tentación, que tiene mucho de convencional, cada día parece resultar menos efectiva.

Algunos ejemplos pueden ilustrar esta tendencia: en 1991 el Congreso de historia tuvo siete ponencias sobre ‘cultura y mentalidades’, y en sus títulos aparecía una vez la palabra ‘imaginario’. En 1997, el X Congreso escuchó más de 20 ponencias sobre este tema. De manera similar, crecieron los estudios de historia de la familia, mientras se mantenían constantes los de historia regional y aunque aumentaban levemente los estudios de historia económica, ya muy débiles en 1990, se concentraban en estudios empresariales. Otras áreas en auge son la historia de las ciencias (pasó de tres a nueve ponencias) y la historia de la educación.

Los trabajos históricos más significativos de los años recientes —y que reflejan a veces las orientaciones en boga hace un decenio, pues representan usualmente esfuerzos de varios años— ocupan también un amplio abanico temático. Los libros más ambiciosos son probablemente los de Marco Palacios sobre el siglo XX, Eduardo Posada Carbó sobre la historia económica de la costa Atlántica, Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda Giraldo sobre familia y sociedad al final de la colonia y Efraín Sánchez sobre Codazzi y la geografía en la Nueva Granada²³. Pero son también muy valiosos estudios como el de Martha Herrera Ángel ya mencionado, el de Catalina Reyes sobre vida cotidiana en Medellín o el de Beatriz Patiño sobre violencia en Antioquia en el siglo XVIII²⁴ y los libros de Mario Aguilera, Víctor Manuel Uribe, Pablo Rodríguez, Aída Martínez Carreño, Anthony McFarlane, Margarita Garrido, Alfonso Múnera o Mauricio Archila. Estos libros, y muchos otros que podrían citarse con iguales valores, son el resultado maduro de proyectos de largo

²³ Efraín Sánchez, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1998.

²⁴ Beatriz Patiño, *Criminalidad, ley criminal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1750-1820*, Medellín, Idea, 1994.

plazo, muchos de ellos bajo la forma de tesis de doctorado o maestría. Ya no esgrimen las armas de cruzados de una lucha cultural contra una visión tradicional que en gran parte se ha deshecho, ni están al servicio de proyectos de cambio social: ofrecen una visión tranquila de sus objetos de estudio (quizá con excepción del libro, en algunos aspectos brillantemente polémico, de Palacios). Entre ellos hay estudios de historia económica, social, política y cultural, pero aún quienes hablan de costumbres o imaginarios políticos siguen fieles a una historia que se centra en la lucha por el poder, la riqueza o la dominación social. Son una muestra de la vitalidad del trabajo histórico que se hace en el país. El trabajo de los historiadores graduados en los años ochenta, sin embargo, muestra en conjunto un aumento de los trabajos sólidos y con buenas fuentes, pero menos audaces y ambiciosos que antes. ¿Se ha elevado el nivel de conjunto, pero quizá hay menos grandes cimas? Y pese a todas las exhortaciones, la historia colombiana sigue siendo parroquial: son excepcionales las comparaciones con procesos similares de otros países latinoamericanos.

Por otro lado, la lectura de los artículos y ponencias de algunos historiadores más jóvenes revela una fascinación a veces poco crítica por nuevas modas, por nuevos lenguajes. La jerga se impone en muchos textos, y con frecuencia el manejo de los conceptos es de una imprecisión abrumadora. Se dice imaginario, para tomar un solo ejemplo, para referirse a idea, a representación, a imagen, a mentalidad, a forma de pensamiento, o a sus formas plurales: las palabras se estiran para abarcar cualquier cosa. Aunque la importación de los modos de argumentar de las corrientes posmodernas más radicales es aún limitada, no están del todo ausentes las alusiones al fin de los grandes relatos, a la crisis de la racionalidad, al relativismo radical del discurso histórico, ni las insinuaciones, usualmente elaboradas en un discurso metafórico que se defiende circularmente contra toda posible verificación, de que el discurso racional convencional esconde visiones etnocentristas, imperialistas o machistas.

Al mismo tiempo, los dos o tres libros de historia, de historia cultural o de la vida cotidiana importantes se inscriben, pese a sus búsquedas temáticas, en la tradición histórica racionalista y explicativa más convencional, y son además buenos ejemplos de investigación erudita. Coexisten, muchas veces como capas generacionales, corrientes y orientaciones diversas; los temas investigados son cada día más variados, hasta el punto de que es difícil hoy decir qué define la historia como disciplina o como práctica académica —formar parte de un departamento de historia en la universidad, estudiar el pasado, parecen ser los únicos rasgos de identidad—. La tradicional relación de la investigación histórica con unos procedimientos de validación documental parece haberse debilitado radicalmente y los historiadores escriben cada vez más para un público conformado por ellos mismos, en la medida en que las ambiciones de influir el proceso social se han debilitado, para quedar en manos de politólogos y violentólogos.

Por lo anterior, es preciso concluir en un tono ambiguo. Aunque se siguen escribiendo muy buenos libros de historia, son obra de autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia, y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país. Donde este interés parece subsistir —la historia política reciente—, la calidad de las herramientas de investigación es muy precaria. Si las señales son contradictorias, por lo menos es posible expresar la esperanza de que, frente a la magnitud de los problemas de la sociedad colombiana, la investigación histórica no abandone sus ambiciones explicativas.